

Testimonios de vida en el teatro

TUC

50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

Capítulo 14



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

Testimonios de vida en el teatro.

TUC 50 años

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

ISBN: 978-9972-42-968-2

Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.



ROBERTO ÁNGELES

Libres para crear



8-119





La tía Lima, creación colectiva basada en las obras de Ricardo Palma, Sebastián Salazar Bondy y Julio Ramón Ribeyro. La obra, recreada y ambientada como un antiguo solar limeño que el público recorría, fue dirigida por Roberto Ángeles.

En el lapso en el que fui director de la Escuela del TUC dirigí durante dos veranos dos obras de teatro con los alumnos de la Escuela. En ese entonces no era usual hacer montajes solo con alumnos. El primero se tituló *La tía Lima* y era el décimo de la Escuela. Consistió en ocho pequeñas obras de diferentes autores peruanos o de creación de los alumnos, que fueron presentadas en dos actos: las cuatro primeras constituían el primer acto y las cuatro siguientes el segundo acto. Estas obras fueron escogidas como resultado de una larga sesión de varios días donde los mismos alumnos trajeron propuestas de obras de teatro y cuentos peruanos, o simplemente ideas para desarrollar, y entre todos escogimos estas ocho, lo que más o menos podrá dar una idea de lo que era *La tía Lima*.

Cada obra sería dirigida por un alumno diferente. Recuerdo con especial cariño el trabajo de creación y dirección de Patricia Matuk, actualmente directora y conductora de un programa radial en París, que hizo una adaptación libre del cuento de Héctor Velarde, *Camilo*. Eran las vicisitudes de un joven tratando de conseguir trabajo en esta ciudad. En un momento determinado, Camilo, interpretado por Jorge Rodríguez, el actual director del grupo «La Gran Marcha» de Comas y del Festival Internacional FITECA, llamaba por teléfono a su jefe desde un RIN, pero a la mitad de la conversación se cortaba la comunicación y el aparato telefónico, interpretado por la guapísima Úrsula del

Valle, le decía con una voz y un movimiento muy sensual: «Tienes que meterme otro RIN».

Otra de las obras dentro de este espectáculo fue *La soltera y el ladrón*, una pantomima de Sebastián Salazar Bondy, dirigida por Mary Ann Vargas. Recuerdo haberme quedado sorprendido por cómo Mary Ann abordó su trabajo creativo. A pesar de que era solo una alumna asumió todos los aspectos del pequeño montaje: la escenografía, el vestuario, la música, la iluminación y, por supuesto, la dirección. Este era el dormitorio de la solterona, donde Mary Ann instaló una cama de bronce, con el pie y la cabecera dorados, una enorme colcha del mismo color, donde se recostaba esta soltera en un *babydoll* transparente y con las piernas bronceadas desnudas; pero a la vez, con un gorrito que le tapaba todo el cabello y una bacinica debajo de la cama. El tocador, que ella creó y mandó a confeccionar, consistía en un vidrio gigante en forma de corazón, saturado de estampitas de diferentes santos y listones de seda de diferentes colores. Este enorme corazón de vidrio transparente simulaba ser el espejo del tocador y estaba en el aire sostenido por dos actrices, dos gorditas de rulos vestidas de angelitos. Acordes de una ópera y mucho contraluz. Esa era la atmósfera a la que ingresaba el ladrón, un musculoso actor, mestizo, semidesnudo y con una venda en los ojos como la de El Zorro.

Las ocho pequeñas obras fueron coordinadas por mí y asumidas por los alumnos, cada una a su manera.

ROBERTO ÁNGELES

Algunos incidían más en el aspecto dramático, otros en el actoral, algunos en el diseño, pero todos en la producción y sobre todo en la aplicación de lo que habían aprendido en la Escuela. Esto me pareció quizá lo más importante y sorprendente de toda esta experiencia: ver que los alumnos de la Escuela desarrollaban una creatividad que no era la que se les había instruido, sino la que ellos traían de sus propios universos. La Escuela les ofrecía el contexto, la infraestructura, el ambiente para que ellos desarrollaran esta creatividad, a su manera, dentro de los patrones que un montaje demanda. Y lo hicieron largamente bien. Lograron entre todos presentar al espectador una idea divertida y analítica de lo que era nuestra visión de la ciudad de Lima. Y creo además que este fue un buen punto de partida para la asunción responsable de la creatividad propia, de la mano de la Escuela, pero no atada a ella.

El segundo montaje que dirigí con los alumnos llegó un poco más lejos. En ese montaje, cada alumno asumió su responsabilidad, además de la construcción de su personaje: Rafael Dumett, quien hoy vive en los Estados Unidos dedicado al cine, hizo la total adaptación del cuento al teatro de *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. Extrajo la esencia dramática del relato y la puso en la acción esencial del argumento sin perder lo onírico del universo de Alicia. Miguel Almeyda, que ha publicado su obra de teatro *Luna llena*, se encargó del diseño y la realización de

la escenografía, que consistía fundamentalmente en practicables de madera que pudieran sostener encima escenas completas y fuesen lo suficientemente livianos como para entrar y salir del escenario en cuestión de segundos. Mi preciosa Licri —Lidia Denegri— se encargó de diseñar y confeccionar la utilería: platos y copas de tamaños desproporcionados para la cena del no cumpleaños y para toda la obra. Juan Miguel Sánchez, actual cantante del género romántico, compuso e interpretó en vivo las canciones. Y así, cada uno de los alumnos integrantes del elenco, además de hacer su personaje, tenía una responsabilidad en el diseño del montaje o en la producción del mismo. Me conmovía verlos tan entusiasmados en cumplir sus tareas porque eran diseños de ellos mismos, sus propias ideas que luego se traducirían en la calidad del montaje. Una vez más yo fui un coordinador, pero esta vez propuse un estilo en el montaje y en la actuación y me involucré en el aspecto creativo del espectáculo. Al igual que en *La tía Lima*, yo fui el que más aprendió, y me sorprendió tremendamente, una vez más, ver surgir en los alumnos de la Escuela del TUC una creatividad que nadie les había enseñado; ellos la sacaron de sus corazones.

La Escuela y estos montajes eran el hogar creativo de estos jóvenes y eso me convertía a mí en el contemplador de su desarrollo, de una etapa de sus vidas, que recuerdo con ternura, emoción y gratitud.

La tía Lima (1982).

En la foto vemos a Úrsula del Valle y a José Enrique Mavila, actor, director y dramaturgo que enriqueció la escena nacional. Desapareció prematuramente dejando una inolvidable huella entre quienes lo conocieron.





La tía Lima fue la primera obra que dirigió Roberto Ángeles, allá por 1982. Actuaron Lola Guerra, José Enrique Mavila, Úrsula del Valle, Miguel Medina, Carlos La Torre, Carlos Sigua, Amparo Chepote y Patricia Matute.

“Yo fui el que más aprendió y me sorprendió ver en los alumnos una creatividad que nadie les había enseñado”.

José Enrique Mavila
y Hugo Salazar
Marquina,
alumnos del TUC.

